hay más alla, porque no se vuelve, o más bien porque es propio de nuestra naturaleza suponer que todo es confusion y tinieblas en lo desconocido?

Cada vez se acostumbraba más á estos funestos pensamientos y llegaron á hacérsele en extremo familiares. Su proyecto fué, al fin, determinado de una manera irrevocable. La prueba se encuentra en la siguiente carta de doble sentido que escribió á su amigo.

the Alemand area 20 de Diciembre, ou

Agradezco, querido Guillermo, que tu amistad haya comprendido tan bien lo que yo queria decir. Tienes razon; lo mejor que puedo hacer es ausentarme. Pero la invitacion que me haces para que vuelva á vuestro lado, no está muy en armonía con mi pensamiento. Antes haré una corta excursion, á la que convidan el frio continuado que es de esperar y los caminos que estarán en buen estado. Tu deseo de venir á buscarme me agrada mucho; pero te ruego que me concedas un plazo de quince dias, y que esperes á recibir otra carta mia que te comunique mis últimas noticias. Di á mi madre que ruegue à Dios por su

hijo; dile también que le pido perdon de todos los pesares que le he causado. Sin duda entraba en mi destino el apesadumbrar à las personas à quienes hubiera querido hacer felices. Adios, mi queridisimo amigo. El cielo derrame sobre ti sus bendiciones.

No intentamos describir ahora lo que pasaba en el corazon de Carlota y los sentimientos que en él despertaban su esposo y su desgraciado amigo, por más que el conocimiento que tenemos de su caracter nos permite formar una idea aproximada.

Toda mujer dotada de un alma noble se identificará con ella y comprenderá lo que ha debido sufrir. Indudablemente estaba decidida a hacer cuanto de su parte dependiera para alejar á Werther. Si áun vacilaba, su vacilación era hija de afectuosa piedad : sabla bien cuanto habia de costar à su amigo aquel paso supremo, porque conocía hasta donde llegaban sus fuerzas. Y sin embargo, no tardó en verse obligada a tomar una resolucion. Su marido continuaba guardando silencio sobre el asunto, y ella hacia otro tanto; pero esto era un nuevo motivo para que demostrase con hechos que sus sentimientos encerraban la misma dignidad que los de Alberto.

El dia en que Werther escribió á su

amigo la última carta que hemos copiado, era el domingo anterior à Navidad. Fué por la tarde à casa de Carlota y la encontró sola, entretenida en preparar algunos regalos que pensaba hacer à sus hermanos el dia de Noche-buena. Con este motivo el habló de la alegría que iban a experimentar los niños cuando, abriéndose de pronto una puerta, viesen aparecer el árbel de Navidad (1) lleno de cirios, de dulces y de juguetes.

-Vos tambien, dijo Carlota, ocultando con una sonrisa el embarazo que la presencia de Werther le causaba, tendréis vuestro aguinaldo, si sois juicioso : una vela y algu-

na otra cosa.

— ¿A que llamais ser juicioso ? pregunto el. ¿Cómo debo, cómo puedo yo ser. Carlota?

irlola? — El juéves, repuso ella, es la vispera de Navidad, y vendrán los niños con mi padre. Cada uno recibirá entónces su aguinaldo. Venid tambien ese dia.... pero antes no.

Werther se quedo aterrado.

-Os ruego, aŭadio Carlota, que lo ha-

gais asi, y os lo ruego porque lo exige ini tranquilidad.

anquilidad. Esto no puede continuar, Werther; no,

no puede continuar. El bajó los ojos y paseándose por la habitacion á grandes pasos, murmuraba entre dientes : Esto no puede continuar.

Carlota, al ver el violento estado en que le habian sumido sus palabras, trató por mil medios de distraerle de sus pensamientos, pero fue en vano. a and de de sile

-No, Carlota, exclamo, no volveré a

veros. — ¿ Por que, Werther? Podeis y hasta debeis venir a vernos; pero también debeis procurar ser más dueño de vos. ¡Ah! ¿Por que habeis nacido con ese fuego indomable y esa apasionada violencia que mostrais en vuestras afecciones? Os suplico, añadio cogiéndole la mano, que procureis dominaros. Vuestro talento, vuestras relaciones, vuestra instruccion, os tienen reservados muchos goces. Sed hombre.... y triunfarers de esa fatal inclinación que os arrastra hacia una mujer, que todo lo que puede hacer por vos es compadeceros.

Werther rechinó los dientes y la miró con aire sombrio. Carlota retenia, sin embargo, entre sus manos la de su amigo.

-Tened calma, le dijo. ¿ No comprendeis que correis voluntariamente à vuestra rui-

y ella hacia otro tanto, pero esto era un (1) El árbol de Noche-buena consiste en un pino ena-no, cortado á flor de tierra y colocado despues en una base, para iluminario con multitud de velas i que alternan en las ramas con golosinas y juguetes de todo género.

Der Sidieses Bellie W (Nota del traductors)

na? ¿ Por qué he de ser yo, precisamente yo ..... que pertenezco á otro hombre?.... Ah! temo que la imposibilidad de obtener mi amor es lo que exalta vuestra pasion. Werther retiró su mano y miró à Car-

lota con disgusto.

- Está bien, exclamó; sin duda esa observacion se le ha ocurrido à Alberto Es

profunda .... i muy profunda !....

Cualquiera puede hacerla, repuso ella. ¿No habrá en todo el mundo una jóven capaz de satisfacer los deseos de vuestro corazon? Buscadla; yo os respondo de que la encontraréis. Hace bastante tiempo que deploro, por vos y por nosotros, el aislamiento á que os habeis condenado. Vamos, haced un pequeño esfuerzo; un viaje puede distraeros; si buscais bien, encontraréis algun objeto digno de vuestro cariño, y entônces podeis volver para que disfrutemos todos de esa tranquila felicidad que da una amistad sincera.

- Podrian imprimirse vuestras palabras, dijo Werther sonriendo con amargura, y recomendarlas á todos los que se dedican á la enseñanza. i Ah, querida Carfota! concededme un corto plazo y todo se arreglará.nia simalar stolra l nudenagar

"

- Concedido; pero no volvais hasta la vispera de Nochebuena, pulso bogot Werther iba á responder cuando entró Alberto. Se saludaron con tono seco y desabrido, y ambos se pusieron á pasear, uno al lado del otro, visiblemente embarazados. Werther hablo de cosas insignificantes que dejaba à medio decir: Alberto, despues de hacer otro tanto, le preguntó à su mujer por algunos encargos que le tema encoeces resuella, Carlota: mendados.

Al saber que no habían sido terminados, le dirigió algunas frases que Werther encontró no solo frias sino duras. Este quiso marcharse, y le faltaron las fuerzas. Permaneció allí hasta las ocho, aumentándose su mal humor. Cuando vió que ponian la mesa tomó su baston y su sombrero. Alberto le invitó à quedarse; pero él consideró la invitación como un acto de obligada cortesia, y se retiro dando friamente las gracias. Cuando volvió á su casa, tomó la luz de manos de su criado, que gueria alumbrarle, y subió solo á su habitación. Una vez en ella, se puso à recorrerla à grandes pasos, solfozando y hablando solo, pero en voz alta y con calor; acabó por arrojarse vestido sobre el lecho, donde el criado le halló tendido á las once, que entró à preguntarle si queria que le quitase las botas. Werther consintió que lo hiciera, prohibiéndole al mismo tiempo que entrára en su cuarto al dia siguiente ántes de que el le llamase. llocuel no indiga solos y

El lúnes por la mañana, 21 de Diciembre, escribió á Carlota la siguiente carta, que se encontró cerrada sobre su mesa, y fué remitida á la persona á quien se dirigia. La insertamos aquí por fragmentos, como parece que él la escribió:

Es cosa resuelta, Carlota: quiero morir y te lo participo sin ninguna exaltación romántica, con la cabeza tranquila, el mismo dia en que te veré por última yez.

Guando leas estas líneas, mi adorada Carlota, yacerán en la tumba los despojos del desgraciado que, en los últimos instantes de su vida, no encuentra placer más dulce que el placer de pensar en ti. He pasado una noche terrible; así y todo ha sido benefica, porque ha fijado mi resolucion.

Quiero morir!

Al separarme ayer de tu lado, un frio inexplicable se apoderó de todo mi sér; refluia mi sangre al corazon, y respirando con angustiosa dificultad pensaba en mi vida, que se consume cerca de ti, sin alegría, sin esperanza. Ah! estaba helado de espanto. Apénas pude llegar á mi alcoba, doude caí de rodillas, completamente loco i Oh. Dios mio!; tú me concediste por última vez el consuelo de llorar, i Pero qué lagrimas tan amargas! Mil ideas, mil proyectos agitaron tumultuosamente mi espiritu, fundiéndose, al fin, todos en uno so-

lo; pero firme, inquebrantable: [Morir]—
Con esta resolucion me acosté; con esta
resolucion, inquebrantable y firme como
ayer, he despertado: [quiero morir]—
No es desesperacion, es convencimiento:
mi carrera está concluida, y me sacrifico
por fi. Si. Carlota: [por que te lo he de
ocultar? Es preciso que uno de los tres
muera, y quiero ser yo, [Oh vida de mi
yida! Más de una vez en mi alma desgarrada ha penetrado un horrible pensamiento:
matar à tu marido.... à ti.... á mi. Sea yo;
yo solo así será

yo sólo, así será.

Cuando al anochecer de algun hermoso dia de verano subas á la montana, piensa en mi, y acuerdate de que he recorrido muchas veces el valle: mira luego hácia el cementerio, y á los últimos rayos del sol poniente yean tus ojos cómo el viento azota la hierba de mi sepultura. Estaba tranquilo al comenzar esta carta, y ahora lloro como un niño. Tanto martirizan estas ideas á mi pobre corazon!

Werther flamó à su criado cerca de las diez: miéntras le vestia le dijo que iba à hacer un viaje de algunos dias, y que era preciso, por lo tanto, arreglar la ropa y preparar las maletas: le mandó, ademas, arreglar las cuentas, recoger muchos libros

hermanes may eres habien escrite felicita-

que habia prestado, y dar á algunos pobres, á quienes socorria una vez por semana, el importe anticipado de la limosna de dos meses.

Se hizo servir el almuerzo en su cuarto, y despues de haber comido, se dirigió a casa del juez, a quien no encontró. Se paseó por el jardin con aire pensativo, que parecta indicar el deseo de fundir en una sola todas las ideas capaces de avivar sus amarguras. Los niños del juez no le dejaron solo mucho tiempo: salieron a su encuentro saltando de alegría, y le dijeron que cuando llegase mañana, y pasado mañana, y el dia siguiente, Carlota les daria los aguinaldos: sobre esto le contaron todas las maravillas que les prometia su imaginación. — i Mañana! exclamó Werther; y pasado mañana..... y despues otro dia!

A T T C C C C I H

-

Los abrazó carifiosamente y se disponia à abandonarlos cuando el más pequeño dio señales de querer decirle algo al oido. El secreto se redujo á participarle que sus hermanos mayores habian escrito felicitaciones para año nuevo: una para el papá, otra para Alberto y Carlota, y otra para Werther. Todas las entregarian por la mañana temprano el primer dia del año. Estas palabras le enternecieron: hizo algunos regalos à todos, y despues de encargarles que diesen memorias à su papá,

montó a caballo y se marchó llorando.

A las cinco volvió a su casa; recomendó á la criada que cuidase la lumbre hasta la noche, y encargó al criado que empaquetára los libros y la ropa blanca y metiese en la maleta los trajes. Parece probable que despues de esto fuese cuando escribió el siguiente párrafo de su última carta à Carlota.

Tú no me esperas; tú crees que voy á obedecerte y á no volver á tu casa hasta la víspera de Navidad..... 10h Carlota!.... hoy ó nunca. El dia de Nochebuena tendrás este papel en tus manos trémulas y le humedecerás con tus preciosas lágrimas. Lo quiero..... es preciso. 10h! 1 Qué contento estoy de mi resolución!

to que les unia y habia engendrada lel m

Entre tanto Carlota se encontraba en una situacion de ánimo bien extraña. En su última entrevista con Werther hahia comprendido cuán dificil le seria decidirle á que se alejára, y habia adivinado mejor que nunca los tormentos que el infeliz iba à sufrir separado de ella.

Habiendo participado à su marido, como incidentalmente, que Werther no volveria hasta la víspera de Navidad, Alberto se fué à ver al juez de un distrito inmediato para ventilar un asunto que debia retenerle hasta el siguiente dia.

Carlota estaba sola; ninguna de sus hermanas se encontraba á su lado. Aprovechando esta circunstancia, se abandonó á sus ideas y dejó vagar su espiritu entre los afectos de su pasado y su presente.

Se contemplaba unida para siempre à un hombre, cuyo amor y fidelidad le eran bien conocidas, y a quien amaba con toda su alma: a un hombre que por su caracter tan entero como apacible, parecia formado para asegurar la felicidad de una mujer honrada, Comprendia lo que este hombre era y debia ser siempre para ella y para su familia. Por otra parte, la habia sido tan simpático Werther desde el momento en que se conocieron, y llegó a serle tan querido; era tan espontáneo el afecto que les unia y habia engendrado tal intimidad el largo trato que medió entre ambos, que el corazon de Carlota conservaha de ello impresiones indelebles. Se habia acostumbrado á contarle todo lo que pensaba, todo lo que sentia.

Su marcha, por lo tanto, iba a producir en la vida de Carlota un vacio que nada podia llenar. [Ah! Si ella hubiera podido hacerle su hermano, ¡qué feliz hubiera sido! ¡Si hubiera podido casarlo con alguna de sus amigas! ¡Si hubiera podido restablecer la buena inteligencia que antes remó entre Alberto y él! Pasó en su men-

te revista á todas sus amigas y en todas encontraba defectos.... ninguna le pareció digna del amor de Werther. Despuea de mucho reflexionar, concluyó por sentir confusamente, sin atreverse á confesárselo, que el secreto deseo de su corazon era reservárselo para ella, por más que se decia á si misma que ni podia ni debia hacerlo. Su alma, tan pura y tan hermosa, y hasta entónces tan inaccesible á la tristeza, recibió en aquel momento una herida cruel. La perspectiva de su dieha se disipaba entre las nubes que cubrian el horizonte de su vida.

A las seis y media oyó á Werther, que subia la escalera preguntando por ella. Al momento reconoció sus pasos y su voz; y su corazon latió vivamente, por primera vez, podemos decirlo, al acercarse el jóven. De buena gana hubiera mandado que le dijesen que no estaba en casa, y cuando le vió entrar no pudo ménos de exclamar con visible embarazo y llena de eurocion:

-i Ah! habeis faltado á vuestra palabra.

—Yo nada os prometi, repuso él.

—Pero debisteis haber atendido mis súplicas, teniendo en cuenta que os las hice
para hien de ambos.

No se daba cuenta delo que hacía, ni de lo que decia, y envió por dos amigas suyas para no encontrarse sola con Werther. Este dejó algunos libros que se habia llevado y pidió otros.

Carlota esperaba con afan que sus amigás llegasen; pero un momento despues deseaba lo contrario. Volvió la criada y dijo que ninguna de las dos podía complacerla.

Entónces se la ocurrió dar à la criada órden de que se quedase en la habitación inmediata haciendo labor, pero en seguida cambió de idea.

Werther se paseaba por la sala con visible agitacion.

AT TO MA THE

Carlota se sentó al clave y quiso tocar un minué: sus dedos se resistian á secundar su intento. Abandonó el clave y fué á sentarse al lado de Werther, que ocupaba en el sofá su sitio de costumbre.

— 6No traeis nada que leer ? dijo Carlota.

Ahí, en mi cómoda, prosiguió, tengo la traducción que hicisteis de algunos cantos de Ossiam. Todavía no la he visto, porque esperaba que vos me la lecriais; pero hasta ahora no se ha presentado ocasion.

Werther se sonrió y lue á buscar el manuscrito. Al cogerle experimentó un involuntario estremecimiento: al hojearle se llenaron de lágrimas sus ojos. Luego, esforzándose para que su voz pareciera segura, leyó lo que sigue:

Estrella del crepúsculo, que resplan-

deces soberbia en Occidente, que asomas tu radiante faz por entre las nubes, y te paseas majestuosa sobre la colina!....¿qué miras á través del follaje? Los indómitos vientos se han calmado, se oye lejano el ruido del torrente, las espumosas olas se estrellan al pié de las rocas, y el confuso rumor de los insectos nocturnos se cierne en los aires. ¿Qué miras, luz hermosa? Sonries y sigues tu camino. Las ondas se elevan gozosas hasta ti, bañando tu brillante cabellera. ¡ Adios, rayo de luz dulce y tranquilo! ¡ Y tú, sublime luz del alma de Ossiam,

brilla, aparece á mis ojos! Vedla; alli asoma en todo su esplendor. Ya distingo á mis amigos muertos; se reunen en Lora como en mejores dias..... Fingal avanza como una húmeda columna de bruma: en torno suvo están sus valientes. Ved los dulcísimos bardos; Ulino con su cabello gris; el majestuoso Ryno; Alpino, el celestial cantor, y tú quejumbrosa Minona! ¡Cuánto habeis cambiado, amigos mios, desde las fiestas de Selma, donde nos disputábamos el honor de cantar, como los céfiros de primavera columpian unas tras otras las lozanas hierbas de la montaña! Se adelantó Minona, en todo el esplendor de su belleza, con la vista baja y los ojos llenos de lágrimas. Flotaba su cabellera á merced del viento que soplaba desde la colina. El alma de los héroes se entristeció al oir su dulce canto, porque habian visto muchas veces la tumba de Salgar, y muchas tambien la agreste morada de la blanca Colma.... de Colma, abandonada en la montaña, sin más compañía que la del eco de su voz armoniosa. Salgar había prometido ir; peró antes de que llegase, la noche envolvió en sus tinieblas a Colma. Escuchad su voz cord lo que cantaba vagando por la montaña:

THU BUT

ra i Adies, rayo de luz dulce y tranquilot I tú, sublime ht AMAQO aima de Ossiano.

· Es de noche; estoy sola, extraviada en las tempestuosas cimas de los montes. El viento silba en torno mio. El torrente se precipita con estruendo desde lo alto de las rocas. No tengo ni una cabaña que me defienda contra la lluvia, y estoy abandonada entre estos peñascos azotados por la tormenta. Rompe i oh luna! tu prision de nubes. Dejadme ver vuestros resplandores, luceros de la noche! Que un rayo de luz me guie al sitio donde el dueño de mi amor reposa de las fatigas de la caza, con el arco suelto a sus piés, con los perros jadeando á su rededor. ¿Es preciso que permanezca aqui, sola y sentada sobre la roca, encima de la concava cascada? Oigo los rugidos del torrente y del huracan; pero 'ay! no llega á su oido la del que amo.

¿Por qué tarda tanto mi Salgar? ¿Habrá olvidado su promesa? Estos son la roca y el árbol; estas las espumosas ondas. Tú me ofreciste venir aquí al anochecer... Ah! ¿Dónde estas, Salgar mio? Yo queria huir contigo; yo queria abandonar por tí á mi orgulloso padre y á mi orgulloso hermano. Hace mucho tiempo que son enemigas nuestras familias; pero nosotros no

somos enemigos, Salgar.

i Cálmate por un momento, huracan!
Enmudece por un instante, potente cataratal Dejad que mi voz resuene por todo el valle, y que la oiga mi viajero. Salgar, yo soy quien te llama. Aqui están el árbol y la roca. Salgar, dueño mio, aquí me tieres, vén..... ¿ por qué tardas?

La luna aparece: las olas, en el valle, reflejan sus rayos; las rocas se esclarecen, las cumbres se iluminan, pero no veo á mi amado. Sus perros, que siempre se le adelantan, no me anuncian su venida. Ah! Salgar, é por qué me dejas sola?

Pero ¿quienes son aquellos que se distinguen alla abajo entre los arbustos? Hablad, amigos mios..... jah! no contestan..... ¡que ansiedad siente mi alma!.... Estan muertos! Sus cuchillas estan enrojecidas con la sangre del combate. ¡Oh, hermano, hermano mio!..... ¿por que has muerto à

mi Salgar ? Y tú, mi querido Salgar, ¿por qué has muerto á mi hermano ? Os queria tanto á los dos! Estabas tú tan bello entre los mil guerreros de la montaña! I Y él era tan bravo en la peléa! Escuchad mi voz y respondedme, amados mios. Pero lay de mi! están mudos, mudos para siempre. Sus corazones están helados como la tierra.

i Oh! Desde las altas rocas, desde las cumbres en que se forman las tempestades, habladme vosotros, espíritus de los muertos. Yo os escucharé sin pavor. ¿Adonde habeis ido a reposar? ¿En que gruta del monte podré encontraros? Ninguna voz suspira en el viento; ningun gemido solloza entre los de la tempestad. Aquí, abismada en mi dolor, anegada en flanto, espero la nueva aurora. Cavad su sepultura, amigos de los muertos; pero no la cerreis hasta que yo baje á ella.

Mi vida se desvanece como un sueño. Acaso puedo sobrevivirles? Aquí, cerca del torrente que salta entre peñascos, es donde quiero permanecer con ellos. Cuando la noche caiga sobre la montaña y silbe el viento entre los matorrales, mi espíritu se lanzará al espacio, lamentando la muerte de mis amigos. El cazador me oirá desde su cabaña de follaje; mi voz le dará miedo, y, sin embargo, me amará, porque será dulce mientras llore por ellos. ¡Los

の大田

queria tanto! Así cantabas, i oh Minona, bella y pálida hija de Thormann! Nuestras lágrimas corren por Celma y nuestra alma se torna sombría como la noche.

· Ulino apareció con el arpa y nes hizo oir el canto de Alpino. Alpino fué un cantor melodioso, y el alma de Ryno era un rayo de fuego. Pero uno y otro yacian en la estrecha mansion de los muertos, y sus yoces no resonaban ya en Selma.

ou dia, volviendo Ulino de la caza, intes que los dos héroes hubiesen sucumbido, les oyó cantar en la colina. Su canto era dulce, pero triste. Se lamentaban de la muerte de Morar, el mayor de los héroes. El alma de Morar era gemala de la de Fingal su espada, semejante á la espada de Oscar. Murió: gimió su padre y los ojos de su hermana Minona se llenaron de lágrimas al oir el canto de Ulino. Minona retrocedió, como la luna esconde su cabeza detras de las nubes cuando presiente la tempestad. Yo acompanaba con el arpa el canto de las lamentaciones.

na era una tempestad, tu capada era un raya un al combate .ONYMOZ era el rugido

El viento y la lluvia cesaron ya; las nubes se disipan, el ciclo aparece diafano, el sol, caminando al ocaso, dora con sus últimos rayos las crestas de los montes. El compositiones el compositi

torrente enrojecido rueda por el valle. Dulce es el murmullo del rio, pero más dulce es la voz de Alpino cuando canta a los muertos. Su cabeza está inclinada por el peso de los años, y sus ojos escaldados por el llanto. Alpino, celestial cantor, a por que vagas solitorio por la montaña silenciosa? à por que gimes como el viento en el bosque, y como la ola que se rompe en lejana playa?

antes que los dos bécos hubiesen sucumbido les oyo cantar en la colina. Su canto

Mi llanto, Ryno, brota por los muertos. Mi voz se eleva por los habitantes del sepulcro. Tu eres ágil y esbelto, Ryno; eres bello entre los hijos de la montaña; pero caerás como Morar, y la afficcion irá tambien a sentarse sobre tu ataud. La montaña te olvidara, y tu arco abandonado penderá de lo alto de la muralla. 10h!" Morar, tu eras ligero como el corzo que ama la colina, terrible como el fuego del cielo en la oscuridad de la noche; tu colera era una tempestad, tu espada era un rayo en el combate, to voz era el rugido del torrente despues de la lluvia, el del trueno rodando sobre las montañas. Muchos han caído al golpe de tu brazo; la llama de tu colera los ha consumido.... Pero cuando volvias de la guerra i que

MALL AND

dulce v apacible era tu acento! Tu rostro parecia el sol después de la tormenta; parecia la luna iluminando una noche serena. Tu pecho era un reflejo del mar cuando se calma el viento que lo agita. ¡Qué pequeña y sombria es ahora tu morada! Con tres pasos se mide la sepultura del que no ha mucho fue tan grande. Cuatro piedras cubiertas de musgo son tu único monumento. Un arbol sin hojas, altas hierbas que columpia la brisa. Eso es todo lo que revela al experto cazador el sitio donde vace el poderoso Morar. Tú no tienes madre ni amante que te lloren: murió la que te dió el ser : murió tambien la hija de Morglan. ¿Quién es aquel hombre que se apoya tristemente en un baston? ¿Quién es aquel hombre cuya cabeza blanquea ántes de tiempo, y que no cesa de llorar? Es tu padre, oh Morar! tu padre, que no tenía otro hijo. Muchas veces oyo hablar de tu valor, de los enemigos que cayeron à los golpes de tu espada; muchas veces oyó hablar de la gloria de Morar; lay! ¿ por qué le contaron tambien tu muerte? ·Llora, desgraciado padre, llora, que tu

Llora, desgraciado padre, llora, que tu hijo no te oirá. El sueño de los muertos es muy profundo; su almohada de polvo está muy honda. No se levantará tu hijo al oir tu voz; no se despertará á tus gritos, i Ah! ¿ Cuándo penetrará la luz en el sepulcro?

¿Cuando se podrá decir al que duerme en el: despierta?. ¡Adios, noble joven, adios valiente guerrero. Ya no volverán a verte los campos de batalla; ya el bosque sombrio no se iluminará con el centelleo de tu espada. No has dejado hijos; pero el canto de los trovadores conservara y trasmitirá tu nombre à la posteridad. Las edades futuras oiran hablar de tus hazanas y conoceran á Morar.

· La afficcion de los guerreros era profunda; pero los sollozos de Armino la dominaban. Este canto le recordó la pérdida de un hijo, muerto en la flor de su edad. Carmor estaba junto al heroe : Carmor el

principe de Galmal.

¿Por qué suspiras de ese modo? le dijo. ¿Es aquí donde hay que llorar ? La musica y el canto que se dejan oir eno son para reanimar el espiritu, lejos de abatirle? Ligeros vapores se escapan del lago, invaden el bosque y humedecen las flores : el sol aparece brillante, y los vapores se disipan. ¿Por que estás triste, joh Armino! tú que reinas en Gorma, que tiene un cinturon de olas?

muy profundo; su almohada de polyo estime he opid at sastanaise. on abnod com

Estoy triste, y tengo motivos poderosos para estarlo. Carmor, tu no has perdido un

hijo ni tienes que llorar la muerte de una hija radiante de hermosura. Colgar, el intrépido jóven, vive aún, y como él la bella Amira. Los retoños de tu raza florecen, Carmor; pero Armino es el último de una rama seca. Sombrío es tu lecho, Daura; sombrio es tu sueño en el sepulcro. ¿Cuándo despertarás? ¿Cuándo volverá á resonar tu voz melodiosa? Levantaos, vientos del Otoño... desencadenaos sobre la oscura maleza... Torrentes de la selva, desbordaos... Huracanes, arrancad á vuestro paso las encinas... Y tú, luna, muestra y esconde alternativamente tu pálido rostro per entre las rasgadas nubes. Recuérdame la terrible noche en que murieron mis hijos, mi valiente Arindal y mi querida Daura, i pratoz ir sob solvab somunicierab

Daura, hija mia; tú eras hermosa como el astro de plata que esclarece la colina, blanca como la nieve y dulce, dulce como la brisa embalsamada de la mañana.

· Arindal, tu arco era invencible, fuerte tu lanza, poderosa tu mirada, como la nube que rueda sobre las olas: tu escudo parecia un metéoro en el seno de una tempestadas barrellas Ariedal, applicas el pisas estadas pestadas de la presenta del presenta de la presenta del presenta de la presenta del presenta de la presenta del presenta de la presenta del presenta de la presenta de la presenta del presenta de la presenta de la presenta de la presenta del presenta

Armar, célebre en los combates, solicitó el amor de Daura y bien pronto lo obtuvo. Pero Erath, hijo de Odgall, temblaba de rabia, porque su hermano habia sido

muerto por Armar. Vino disfrazado de batelero; su barca se columpiaba gallardamente sobre las ondas. Traia el pelo blanco: su semblante era grave y tranquilo. . 10h! tú la más bella de las jóvenes, amable hija de Armino, dijo; allá abajo, en una roca, no léjos de la orilla, espera Armar á su querida Daura. · Ella le siguió y llamó á Armar; pero el eco sólo contestó á su voz. Armar, dueño mio, mi bien, ¿por qué me apesadumbras de este modo? Escucha, hijo de Armath, oye mis ruegos... Es tu Daura quien te llama.

·El traidor Erath la dejó sobre la roca, v volvió á tierra riéndose. Daura se deshizo en gritos. Hamando á su padre y á su hermano: 'Arindal, Armino, ¿no vendréis ninguno de los dos á salvar á vuestra Daura? Su voz cruzó los mares. Arindal, mi hijo, descendió de la montaña cargado con el botin de la caza, con las flechas suspendidas del costado, el arco en la mano, y rodeado de cinco perros negros. Distinguió en la orilla al imprudente Erath; se apoderó de él, y le ató á un roble con fuertes ligaduras. Miéntras Erath llenaba el espacio de gemidos, Arindal, apoderándose de su barca, se dirigió á la roca donde se hallaba Daura. En esto llega Armar, prepara furioso una flecha, silba el dardo, v tú, hijo mio, pereces del golpe destinado

al pérfido Erath. En el momento en que la barca arribó á la roca, Arindal dió el último suspiro. ¡Oh , Daura! La sangre de tu hermano corrió á tus piés. ¡ Cuál sería tu desesperacion! La barca, deshecha contra la roca, se sumergió en el abismo. Armarse arrojó al agua para salvar á Daura ó morir. Una ráfaga de viento baja de la montaña, arremolina el oleaje, y Armar desaparece y no vuelve á aparecer. Midesgraciada hija quedaba sin amparo, sola, sobre un peñasco azotado por las olas. Yo, su padre, oia sus lamentos, y nada podia intentar en su auxilio. Toda la noche permaneci en la orilla, contemplándola á los débiles ravos de la luna. Toda la noche estuve ovendo sus clamores. El viento silbaba, el agua caia á torrentes, y la voz de Daura se iba debilitando á medida que se acercaba el dia. Pronto se extinguió por completo, como se desvanece la brisa de la tarde entre las hierbas de la montaña. Consumida por la desesperacion, espiró dejando á Armino solo en el mundo. Mi valor, mis fuerzas y mi orgullo murieron con ella.

· Cuando las tormentas bajan de la montaña; cuando el viento del Norte alborota el oleaje, yo me siento en la ribera, y fijo mis ojos en la funesta roca. Muchas veces. cuando la luna aparece en el cielo, veo flotar en una penumbra luminosa las almas de mis hijos, que vagan por el espacio unidos en abrazo fraternal.

desesperacion! La borca, deshecha contra Un torrente de lagrimas, que brotó de les ojos de Carlota, desahogando su oprimido corazon, interrumpió la lectura de Werther. Este arrojó á un lado el manuscrito, y apoderándose de una de las manos de la jóven, vertió tambien amargo llanto. Carlota, apoyando la cabeza en la otra mano, se cubrió el rostro con su pañuelo. Victimas él y ella de una terrible agitacion. veian su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossian y juntos lo deploraban. Sus lágrimas se confundieron. Les ardientes labios de Werther tocaron el brazo de Carlota; ella se estremeció y quiso alejarse; pero el dolor y la compasion la tenian clavada en su asiento, como si una masa de plomo pesase sobre su cabeza. Ahogándose v queriendo dominarse, suplicó sollozando á Werther que prosiguiese la lectura; su voz rogaba con un acento celestial.

Werther, cuyo corazon latia con tal violencia que parecia querer salirsele del pecho, temblaba como un azogado; cogió de nuevo el libro y leyó con insegura voz. samado de la primavera? Tú me acaricias y me dices:

Traigo conmigo el rocio del cielo; pero pronto estaré marchito, porque pronto vendrá la tempestad que arrebatará mis hojas. Mañana llegará el viajero; vendrá el que me ha conocido en toda mi belleza; su vista me buscará en torno suyo, me buscará y no me encontrará.

Estas palabras causaron á Werther un profundo abatimiento. Se arrojó á los piés de Carlota completa y espantosamente desesperado; y cogiéndole las manos las oprimió contra su frente.

Carlota sintió entónces un vago presentimiento de un siniestro propósito. Turbado su juicio, cogió á su vez las manos de Werther y las colocó sobre su corazon. Inclinóse hácia él con ternura y sus abrasadas mejillas se tocaron. El mundo desapareció para ellos; él la estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho y cubrió de frenéticos besos los temblorosos labios de su amada, que balbuceaban palabras entrecortadas.

-«¡Werther!» murmuraba ella con voz ahogada y desviándose; «¡Werther!» repetia, y con suave movimiento trataba de alejarle. «¡Werther!» exclamó por tercera vez, ya con acento digno é imponente.

Él se sintió dominado ; la soltó, y se ar-

rojó al suelo como un loco. Carlota se levantó, y, completamente turbada, indecisa entre el amor y la cólera, le dijo: «Es la última vez, Werther; no volveréis á verme.» Y lanzando sobre aquel desgraciado una mirada llena de amor, corrió á la habitacion inmediata y se encerró en ella.

Werther extendió las manos sin atreverse á detenerla. En el suelo, y con la cabeza apoyada en el sofá, permaneció más de una hora sin dar señales de vida.

Al cabo de este tiempo oyó ruido y volvió en sí. Era la criada que venía á poner la mesa. Se levantó y se puso á pasear por la habitacion. Cuando volvió á quedarse solo, se aproximó á la puerta por donde habia desaparecido Carlota y exclamó en voz baja: 'i Carlota! ¡Carlota! una palabra sola, un adios siquiera.....'

Ella guardó silencio. Esperó, suplicó, esperó de nuevo..... Por último, se alejó de de la puerta gritando: 'iAdios, Carlota..... adios para siempre!,

NATION OF

Llegó á las puertas de la ciudad; los guardias, que estaban acostumbrados á verle, le dejaron pasar. Caian menudos copos de nieve: él, sin embargo, no volvió á la poblacion hasta una hora ántes de media noche.

Cuando llegó á su casa, el criado notó que no llevaba sombrero, pero no se atrevió á decirselo. Le ayudó á desnudarse: toda la ropa estaba calada. Más tarde encontráron el sombrero en un peñasco que se destaca sobre todos los de la montaña y que parece va á desgajarse sobre el valle. No se comprende cómo en una noche lluviosa y oscura pudo llegar á aquel punto, sin despeñarse.

Se acostó y durmió largo tiempo: cuando el criado entró en el cuarto al dia siguiente para despertarle, le halló escribiendo y le pidió café, que le sirvió en seguida.

Entónces Werther añadió estos párrafos á la carta que tenía empezada para Garlota.

\*Esta es la última vez que abro los ojos; la última, lay de mí! Ya no volverán á ver la luz del sol, que hoy se oculta detras de una niebla densa y sombria. ¡Sí, viste de luto, naturaleza! Tu hijo, tu amigo, tu amante se acerca á su fin. ¡Ah, Carlota! es una cosa que no se parece á nada y que sólo puede compararse con las percepciones confusas de un sueño, el decirse:—
\*¡Esta mañana es la última!\* Carlota; apénas puedo yo darme cuenta del sentido de esta palabra:—¡La última!\* Yo, que ahora tengo la plenitud de mis fuerzas, mañana rígido y sin vida estaré sobre la tierra. ¡Morir! ¿Qué significa esto? Ya lo

ves: los hombres soñamos siempre que hablamos de la muerte. He visto morir à mucha gente; pero somos tan pobres de inteligencia, que á pesar de cuanto vemos nunca sabemos nada del principio ni del fin de la vida. En este momento todavía soy mio.... todavía soy tuyo, si, tuyo, querida Carlota; y dentro de poco..... [separados.... desunidos, quizás para siempre! ¡No, Carlota, no! ¿Cómo puedo dejar de ser? Existimos, si Dejar de ser! ¿qué significa esto? Es una frase más, un ruido vano que mi corazon no comprende. iMuerto, Carlota! Cubierto por la tierra fria, en un rincon estrecho y sombriol Tuve vo en mi adolescencia una amiga, que carecia de apoyo y de consuelo. Murió y la acompañé hasta la fosa, donde estuve cuando bajaron el ataud; oi el crujir de las cuerdas cuando las soltaron y cuando las recogieron. Luégo arrojaron la primera palada de tierra y la funebre caja produjo un ruido sordo, despues más sordo, y despues todavía más sordo, hasta que quedó completamente cubierta de tierra. Cai al lado de la fosa, delirante, oprimido, y con las entrañas hechas pedazos. Pues bien, yo no sé nada de lo que hay más allá del sepulcro. [Muerte! iSepulcro! No comprendo estas palabras.iv me v objeto enement iOhliperdóname! i perdóname! Ayer...

-

aquel debió ser el último momento de mi vida. ¡Oh, ángel! fué la primera vez, sí, la primera vez que una alegría pura y sin límites llenó todo mi sér.

Me ama, me ama.... Aun quema mis labios el fuego sagrado que brotaba de los suyos: todavía inundan mi corazon estas delicias abrasadoras. ¡Perdóname! ¡perdóname! Sabía que me amabas: lo sabía desde tus primeras miradas, aquellas miradas llenas de tu alma; lo sabía desde la primera vez que estrechaste mi mano. Y sin embargo, cuando me separaba de tí ó veia á Alberto á tu lado, me asaltaban rencorosas dudas.

Te acuerdas de las flores que me enviaste el dia de aquella enojosa reunion en que ni pudiste darme la mano, ni decirme nna sola palabra? Pasé media noche arrodillado ante las flores, porque eran para mi el sello de tu amor; pero, i ay! estas impresiones se borraron como se borra poco á poco en el corazon del creyente el sentimiento de la gracia que Dios le prodiga por medio de símbolos visibles. Todo perece, todo; pero ni la misma eternidad puede destruir la candente vida que ayer recogí en tus labios y que siento dentro de mi. | Me ama | Mis brazos la han estrechado; mi boca ha temblado, ha balbuceado palabras de amor sobre su boca. ¡Es mia!

i Eres mia | Sí, Carlota; mia para siempre, ¿ Oué importa que Alberto sea tu esposo? ¡Tu esposo! No lo es más que para el mundo; para ese mundo que dice que amarte y querer arrancarte de los brazos de tu marido para recibirte en los mios es un pecado. ¡Pecado! sea. Si lo es, ya lo expio. Yo he saboreado ese pecado en sus delicias, en sus infinitos éxtasis. He aspirado el bálsamo de la vida y con él he fortalecido mi alma. Desde ese momento eres mia, leres mia, oh Carlota! Voy delante de ti; voy á reunirme con mi padre, que tambien lo es tuyo, Carlota: me quejaré y me consolará hasta que tú llegues. Entónces volaré à tu encuentro, te cogeré en mis brazos y nos unirémos á presencia del Eterno; nos uniremos con un abrazo que nunca tendrá fin. No sueño ni deliro. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz. [Volverémos á vernos! ¡Verémos á tu madre y le contaré todas las cuitas de mi corazon! ¡Tu madre! ¡Tu perfecta imágen!»

AL PUNCHE

大日 二日本日

A las once llamó Werther á su criado y le preguntó si habia regresado Alberto: el criado contestó que le habia visto pasar á caballo. Entónces le mandó una esquela abierta que sólo contenia estas palabras. ¿Quieres hacerme el favor de prestarme tus pistolas para un viaje que he proyectado? Consérvate bueno. Adios.»

La pobre Carlota apénas habia podido dormir la noche anterior. Su sangre pura, que hasta entónces habia corrido tranquilamente por sus venas, se agitaba en curso febril. Mil sensaciones distintas conmovian su noble corazon. ¿ Era que le abrasaba el seno el calor de las caricias de Werther ó que estaba indignada de su atrevimiento? ¿Era que le mortificaba el comparar su situacion del momento con su vida pasada, con sus dias de inocencia, sosiego v confianza? ¿Cómo presentarse á su esposo? ¿Cómo confesarle una escena de que ella misma no queria darse cuenta, por más que no tuviese nada de qué avergonzarse? Mucho tiempo hacia que marido y mujer no hablaban de Werther, v precisamente ella debia romper el silencio para hacerle una confesion no ménos penosa que inesperada. Temia que el solo anuncio de la visita de Werther fuese para Alberto una gran mortificacion. ¿Qué sucederia cuando supiese todo lo ocurrido? ¿Podria esperar que juzgase las cosas sin pasion, y las viese tales como habian pasado? ¿Podria desear que levese claramente en el fondo de su alma? Y por otra parte, ¿cómo disimular ante un hombre para quien su pecho habia sido siempre un trasparente cristal, y á quien ni habia ocultado ni queria ocultar nunca el menor pensamiento? Estas reflexiones le abrumaban, abismándola en una cruel incertidumbre, y siempre su pensamiento se volvia hácia Werther, que la adoraba; hácia Werther, á quien no podia abandonar, y á quien era preciso que abandonase. [Ahl..... [qué vacio para ella!]

Aunque la agitacion de su espiritu no le permitiese ver claramente la verdad de las cosas, comprendió que pesaba sobre ella la fatal desavenencia que separaba á su marido y Werther; dos hombres tan buenos y tan inteligentes, que empezando por ligeras divergencias de sentimientos, habian llegado á una mútua reserva y á una indiferencia glacial. Cada uno se encerraba en el círculo de su propio derecho y de los errores del otro. La tirantez se habia aumentado por ambas partes, y habia llegado á ser tal la situacion que ya no podia despejarse sin violencia. Si una dichosa confianza los hubiera unido más en los primeros momentos; si la amistad y la indulgencia hubieran abierto sus almas à algunas dulces expansiones, acaso hubiera sido posible salvar al desgraciado jóven. Una circunstancia particular aumentaba la perplejidad de Carlota. Werther, como

hemos visto en sus cartas, no ocultó nunca su deseo de abandonar el mundo. Alberto habia combatido esta idea muchas veces, y con frecuencia habia cuestionado sobre ella con su mujer. Impulsado por una instintiva repugnancia hácia el suicidio, Alberto habia sostenido muy á menudo, con una rudeza impropia de su carácter, que semejante resolucion no era de hombre serio, y hasta se habia permitido alguna burla sobre el asunto, baciendo así que su incredulidad se reflejase un tanto en Carlota. Esto la tranquilizaba un poco cuando en su espírita aparecian siniestras imágenes; pero esto mismo impedia que participara sus temores à su marido.

No tardó Alberto en llegar, y ella salió á recibirle con una solicitud no exenta de embarazo. Alberto parecia disgustado. No habia podido terminar sus negocios por ciertas dificultades, hijas del carácter intratable y minucioso del juez. El mal estado de los caminos habia acabado de ponerle de mal humor. Preguntó si habia ido álguien durante su ausencia, y su mujer se apresuró á decirle que Werther habia estado allí la vispera por la tarde. Informado despues de que en su cuarto tenía algunas cartas y paquetes que habian llevado para él, dejó sola á Carlota. La presencia del hombre por quien sentia tanto

cariño v tanto respeto, operó una nueva revolucion en el espíritu de ésta. El recuerdo de su generosidad, de su amor y de sus bondades, le devolvió el sosiego. Experimentó un secreto deseo de seguirle, v decidida á ello, hizo lo que hacía muchas veces, ir á buscarle á su cuarto. Le encontró abriendo y levendo las cartas; algunas parecian preñadas de noticias desagradables Le hizo várias preguntas sobre esto, y él contestó lacónicamente, poniéndose luégo á escribir. Durante una hora permanecieron silenciosos, uno enfrente del otro. Carlota se entristecia por momentos. Comprendia que aunque su marido estuviese del mejor humor del mundo, iba á verse apurada para darle cuenta de lo que sentia su corazon, y cayó en un abatimiento que se hacía más profundo á medida que se esforzaba por ocultar y devorar sus lágrimas.

THINNELEN

La llegada del criado de Werther aumentó la turbación que experimentaba. Aquel entregó-la carta de su amo, y Alberto despues de leerla, se volvió friamente hácia su mujer, diciéndole: — Dele mis pistolas. Dirigiéndose luégo al criado, añadió: — Decid á vuestro amo que le deseo un buen viaje.

Estas palabras hicieron en Carlota el efecto de un rayo. Apénas tuvo fuerzas para levantarse. Se dirigió lentamente á la pared, descolgó las armas, y las limpió con mano temblorosa. Estaba indecisa, y hubiera tardado largo rato en entregárselas al criado, si Alberto con una mirada interrogadora no la hubiese obligado á obedecer al punto. Carlota entregó las pistolas al criado sin poder articular una sola palabra. Cuando éste hubo salido, Carlota volvió á coger su labor y se retiró á su cuarto, presa de una turbacion espantosa y con el corazon agitado por siniestros presentimientos.

Tan pronto queria ir á arrojarse á los piés de su marido y confesarle la escena de la víspera, la turbacion de su conciencia y sus terribles temores, como desistia de hacerlo, preguntándose de qué serviria aquel paso. ¿Podia esperar que su marido, atendiendo á sus ruegos, coriese inmediatamente á casa de Werther?

La comida estaba en la mesa. Llegó una amiga de Carlota, que no llevando otro objeto que el de verla, y temiendo importunar, quiso retirarse. Carlota la retuvo en su compañía. Esto dió márgen á una conversacion que animó la comida, y aunque esforzándose, se charló, y al cabo se dió todo al olvido.

El criado de Werther llegó á su casa con las pistolas y las entregó á su amo, que se apresuró á cogerlas al saber que venian de las manos de Carlota.

Mandó que le lleváran pan y vino, y encargando despues á su criado que fuera á comer, se puso á escribir.

· Han pasado por tus manos: tú misma les has quitado el polvo; tú las has tocado .... v vo las beso ahora una v inil veces. ¡Angel del cielo, tú favoreces mi resolucion! Tú, Carlota, tú eres quien me presenta esta arma destructora: así recibiré la muerte de quien vo queria recibirla. ¡Qué bien me he enterado por el criado de los menores detalles! Temblabas al entregarle estas armas.... pero ni un adios me envias. ¡Ay de mi! ni un 'adios, ¿ Acaso el ódio me ha cerrado tu corazon por aquel instante de embriaguez que me ha unido à ti para siempre? i Ah, Carlota! el trascurso de los siglos no borrará aquella impresion; y tú, estoy seguro de ello, no podrás aborrecer nunca á quien tanto te idolatra . de Carlola , que un Mermido . srial obiete ene el de verlo y tentendo im-

Despues de comer mandó al criado que acabase de empaquetarlo todo. Rompió muchos papeles; salió á pagar algunas cuentas que tenía pendientes, y se volvió luégo á su casa. Más tarde, á pesar de que llovia, salió de nuevo y llegó hasta el jar-

din del difunto conde de M\*\* fuera de la poblacion. Estuvo paseándose largo tiempo por los alrededores, y regresó á su morada al anochecer. Entónces se puso á escribir.

Guillermo; por última vez he visto los campos, el cielo y los bosques. Tambien á tí te doy el último adios. Tú, madre mia, perdóname. Consuélala, Guillermo. Que Dios os colme de bendiciones. Todos mis asuntos quedan arreglados. Adios: volverémos á vernos..... y entónces serémos más felices.

duerus des torno mio, y mi alma

Mal he pagado tu amistad, Alberto; pero sé que me perdonas. He turbado la paz de tu hogar; he introducido la desconfianza entre vosotros..... Adios: ahora voy á subsanar estas faltas. Quiera el cielo que mi muerte os devuelva la dicha. ¡ Alberto! ¡ Alberto! haz feliz á ese ángel, para que la bendicion de Dios descienda sobre tí. ›

Por la noche aun estuvo revolviendo sus papeles; rompió muchos, que arrojó al fuego, y cerró algunos pliegos dirigidos á Guillermo. El contenido de éstos se reducia á breves disertaciones y pensamientos suel-

figure of case of the distribution of the

tos, de los cuales no conozco más que una parte. A eso de las diez hizo que encendieran lumbre; mandó que le lleváran una botella de vino, y envió á dormir á su criado. El cuarto de éste, como los de todos los que vivian en la casa, se hallaba á gran distancia del de Werther. El criado se acostó vestido para estar dispuesto muy temprano, porque su amo le había dicho que los caballos de posta llegarian ántes de las seis de la mañana.

## Despues de las once.

· Todo duerme en torno mio, v mi alma está tranquila. Te dov gracias ich Dios! por haberme concedido en momento tan supremo resignacion tan grande. Me asomo á la ventana, amada mia, y distingo á traves de las tempestuesas nubes algunos luceros esparcidos en la inmensidad del del cielo. i Vosotros no desapareceréis, astros inmortales! El Eterno os lleva, lo mismo que á mí. Veo las estrellas de la Osa, que es mi constelacion favorita, porque de noche cuando salia de tu casa la tenía siempre delante. i Con qué delicia la he contemplado muchas veces! ¡Cuántas he levantado mis manos bácia ella para tomarla por testigo de la felicidad que entonces disfrutaba! | Oh, Carlota! & Qué hay

en el mundo que no traiga á mi memoria tu recuerdo? ¿No estás en cuanto me rodea? ¿No te he robado, codicioso como un niño, mil objetos insignificantes que habias santificado con sólo tocarlos?

Tu retrato, este retrato querido, te lo doy suplicandote que lo conserves. He impreso en él mil millones de besos, y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitacion v al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, rogandole que proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, á cuya sombra deseo reposar. Esto puede hacer to padre por su amigo, y tengo la seguridad de que lo hará. Pídeselo tú tambien, Carlota. No pretendo que los piadosos cristianos dejen depositar el cuerpo de un desgraciado cerca de sus cuerpos. Quisiera que mi sepultura estuviese á orillas de un camino ó en un valle solitario, para que cuando el sacerdote ó el levita pasasen junto á ella, elevasen sus brazos al cielo, bendiciéndome, y para que el samaritano la regase con sus lágrimas. Carlota: no tiemblo al tomar el cáliz terrible y frio que me dará la embriaguez de la muerte. Tú me lo has presentado, y no vacilo. Así van á cumplirse todas las esperanzas y todos los deseos de mi vida; todos, si, todos, ide web released to sebence plant